

---

## QUINTA PARTE

---

### I

Al llegar al patio Jurand no supo á dónde dirigirse, porque el alemán que le guiaba desapareció de pronto. Cierto que allí había otros soldados, pero sus rostros revelaban tal sarcasmo que comprendió que sería inútil preguntarles. Algunos de ellos le arrojaron nieve; todos se rieron de su turbación y Jurand al ver una puerta mayor que las demás se dirigió allí esperando hallar á cualquiera que le llevase á presencia del komptur. Llamó á la puerta, se abrió ésta, y un clérigo preguntó:

—Sois Jurand?

—Sí.

—El komptur me ordena que me sigáis.

El clérigo condujo á Jurand hacia una escalera; pero antes de subir le preguntó si llevaba armas.

—Las dejé.

El clérigo murmuró:

—No os encolericéis, porque estáis en poder del enemigo.

—Dios dirá.

Miró Jurand al clérigo y creyendo observar que le com-  
padeecía algo murmuró:

—Parecéis bueno; queréis responderme?

—Decid.

—Libertarán á mi hija.

El clérigo le miró con asombro.

—Está aquí vuestra hija? Será la niña encerrada en la  
torre?

—Sí; y me prometieron libertarla en cuanto yo me pre-  
sente al kómpturn.

El clérigo dijo que nada sabía; Jurand le preguntó:

—Es verdad que la protegen dos caballeros?

—No sé. Tratáis de llevárosla antes de que De-Danf-  
feld recobre la salud.

Jurand no preguntó más porque habían llegado á la sa-  
la del caballero.

El clérigo se marchó.

La sala era grande y mal alumbrada. En el hogar ardía  
un buen fuego. Jurand vió una gran mesa á la que comían  
varios caballeros y detrás de éstos escuderos y soldados,  
con un bufón y un oso.

Jurand que conocía á De-Danf-  
feld, por haberle visto en  
Masovetz, le reconoció. Estaba sentado en una poltrona y  
tenía un brazo vendado.

A su derecha se hallaba el viejo Sigfrid De-Love, ene-  
migo de los polacos y en especial de Jurand; á la izquier-  
da se sentaban Gottfrid y Rotgher que ceñían espada y  
que miraban con desprecio á Jurand.

El silencio era completo, Jurand se había detenido en  
el centro de la sala con la cuerda al cuello y soportaba con  
dignidad su humillación.

Al ver que acudían tantos hombres de armas y criados  
creyó que De-Danf-  
feld cumpliría su pacto no atreviéndose  
á romperlo delante de tantos testigos.

El podestá hizo seña á un escudero y éste se acercó á  
Jurand, tomó la cuerda y le condujo hasta la mesa.

De-Danf-  
feld exclamó:

—Grande es el poder de la Orden!

—Y lo será siempre! dijeron en coro los cruzados.

El podestá añadió:

—Has molestado á la Orden durante muchos años y  
ahora imploras nuestra clemencia.

—Otras veces, kómpturn, he visto á mis plantas á los cru-  
zados.

Un murmullo acogió estas palabras.

De-Danf-  
feld dijo:

—Te atreves á insultar á tus jueces, cuando invocas su  
misericordia. Eres incorregible.

Jurand levantó las manos como si tomara al cielo por  
testigo de sus palabras y exclamó:

—Dios sabe que estoy dispuesto á humillarme; pero al  
ofender mi dignidad no realizáis la vuestra.

De-Danf-  
feld frunció el ceño; y el bufón agitando la cade-  
na del oso gritó:

—Ya empieza el sermón. Escúchale, oh pueblo! Después  
dirigiéndose á De Danfeld:

—Señor, dijo, el conde Rosengheim cuando oyó tocar á  
misa ordenó al Sacristán que se tragase la cuerda al cuello.  
Haced que se la trague.

Diciendo esto miró á De-Danf-  
feld para ver que efecto  
surtía la burla. El podestá sonrióse y continuó hablando  
con Jurand.

No digas que he querido humillarte y acuérdate de que  
un alemán guardián de perros vale más que todos vues-  
tros caballeros.

El bufón gritó:

—Dadme un cepillo para que peine al oso que á su vez  
le peinará con las zarpas.

Rieron los criados; se oyeron muchas voces.

—En primavera segaré las cañas.

—Se comerá las ranas.

—Engullirá los cuervos de las horcas,

Algunos caballeros se acercaron al prisionero y le dieron vaya.

—He aquí el jabalí de Spichov; nuestro komptur le ha roto los colmillos; quisiera devorarnos y no puede. Qué agradable animal!

De-Danfelf, que hasta entonces se mostrara severo, al ver que sus amigos insultaban al preso, se levantó de la poltrona y mandó traer cerveza.

—Mejor es que lo tome con filosofía, dijo el komptur, y vació de un sorbo su copa.

Los cruzados, vertiendo cerveza en la palma de la mano, la ofrecían al prisionero y luego se la echaban á los ojos. El permanecía aturdido, sin darse cuenta de lo que sucedía. Sintiéndose desfallecer exclamó:

—En nombre de Dios y por la salvación de vuestra alma devolvedme á mi hija.

Al decir esto trató de tomar la mano del viejo Sigfrid, que se paró y dijo con desprecio:

—No me toques, esclavo. ¿Qué quieres?

—He dejado en libertad á De-Begrov y vengo porque me habéis prometido libertad á mi hija que está en la torre.

—Quién te lo prometió? preguntó De-Danfelf.

—En nombre de la fe y del honor me lo ofreciste.

—Dónde están los testigos? Aunque no se necesitan, porque sabemos lo que vale tu honor y tu palabra.

—Me lo has prometido por tu honor y por la Orden.

—Te la devolveremos, dijo De-Danfelf.

Y luego, dirigiéndose á los Cruzados, añadió:

—Lo que ha padecido es poco en comparación con las ofensas que ha inferido á la Orden; pero como he prometido devolverle su hija si se presentaba entre nosotros humillado, mantendré mi promesa; la doncella recobrará la libertad y él mismo, en cuanto haya hecho penitencia, podrá volver á su castillo.

Los caballeros le miraron con asombro, porque conocían su odio contra Jurand; pero él, impertérrito, añadió:

—Tu hija saldrá acompañada de una escolta y tu partirás cuando vuelvan los soldados, no sin pagar rescate.

—Que Dios te recompense, komptur, dijo Jurand.

—Ahora conoces á De-Danfelf, el caballero de Cristo.

—Déjame ver á mi hija.

—Sí, pero en presencia de todos, porque todos deben ser testigos de mi lealtad.

Después ordenó á un escudero que fuese en busca de Danusia y se acercó á De Love, Rotgher y Gottfrid que discutían con animación.

—Creí que abrigabas otra intención, dijo Sigfrid.

Rotgher murmuró:

—Dejarle libre!

—Verás como te muerde! añadió Gottfrid.

—Pagaré el rescate, dijo De-Danfelf con indiferencia.

—Aunque nos diese todo su patrimonio, en menos de un año lo recobraré con creces.

—Este lobo, dijo Sigfrid, devorará las ovejas de la orden.

—Y mi palabra? preguntó Danfeld sonriendo. No le hemos humillado bastante?

El capitán de la guardia volviéndose hacia Jurand dijo:

—Tus hermanos no se habrían portado como nosotros. Has bebido nuestra sangre y te tratamos con cortesía.

Jurand no se fijaba en estas palabras, pues el deseo de ver á Danusia embargaba su ánimo y le hacía juzgar con indulgencia á los Cruzados.

—Es verdad, exclamó, he sido cruel para vosotros.

Una voz gritó: Está ahí! En la sala reinó silencio profundo. Los caballeros fijaron la mirada en la puerta deseosos de ver á la joven que muchos de ellos ni siquiera sabían estuviere en el castillo. Apareció un escudero, después la monja que había ido al «pabellón» y por último una niña vestida de blanco con los cabellos destrenzados,

Jurand que al ver al escudero se había arrojado hacia la puerta retrocedió lanzando un alarido. La muchacha que seguía á la monja no era Danusia.

—No es mi hija, gritó con desesperación.

—¿Estás seguro de ello? preguntó con voz meliflua De-Danfelf. Será pues que los ladrones no se apoderaron de tu hija, porque en mi castillo no hay más que esta joven.

El viejo Sigfrid, Rotgher y Gottfrid cambiaron una expresiva ojeada. Admiraban la habilidad de De-Danfelf.

Jurand repetía:

—Danusia está en Tscitna. La he oído cantar.

El podestá en voz reposada dijo:

—Os pongo á todos por testigos de que he cumplido mi promesa: Devuelvo la libertad á esta doncella á la que los bandidos creían hija de Jurand de Spichov. Si no lo es, la culpa no es nuestra. La justicia de Dios es la que nos entrega á Jurand.

Sigfrid y los cruzados hicieron una señal de asentimiento. Pensaban: ¡Qué engaño! Coge á Jurand, no pone en libertad á su hija y al mismo tiempo cumple su promesa...

El prisionero cayó de hinojos y suplicó otra vez le devolvieran á su hija. Vibraba en su voz tanta tristeza que algunos caballeros dudaron de quién sería su hija la muchacha; otros pensaban que quizá en todo aquello había intervenido el espíritu maligno.

—Te suplico en nombre de Cristo que me des á mi hija, aulló Jurand tratando de abrazar las rodillas del podestá.

Los ojos estaban inyectados en sangre; su voz resonaba lúgubre y desesperada.

El podestá que se alegraba al ver aquel dolor se acercó al preso y para atormentarle más le dijo á media voz:

—Te la devolveré convertida en...

No pudo terminar la frase, porque cogiéndole con sus manos poderosas con tal fuerza golpeó su cabeza contra

el suelo, que los sesos saltando de su cráneo destrozado salpicaron á los caballeros que estaban á su alrededor.

Al mismo tiempo Jurand saltó hacia un trofeo y cogiendo una pesada espada empezó á herir á los alemanes que, al imprevisto ataque permanecían asombrados y como incapaces de defenderse. Ellos que estaban acostumbrados á luchar contra enemigos numerosos huían ahora ante un hombre solo y gritando de miedo derribaban sillas y mesas para huir.

Al pánico y al instinto de conservación sucedió la vergüenza. Los caballeros sacaron las espadas y empeñaron una sangrienta lucha en la que Jurand loco de ira y de amor paternal daba furiosos golpes á diestro y siniestro hiriendo, destrozando, matando.

Gottfrid quedó descabezado; murió el capitán de los guardias; el inglés Ching pereció también.

Los caballeros al ver tanto destrozo formaron un cuadro para detener el ímpetu de Jurand que con los ojos sanguinolentos, los cabellos erizados cortaba cabezas y abría pechos y espaldas, como si fuera una tempestad, un huracán.

—Rodeadle! gritó Sigfrid.

Los caballeros trataron de cogerle por la espalda, pero él apoyándose en la pared continuó la obra de destrucción.

Jurand no buscaba la propia salvación ni la libertad; quería matar á los asesinos, traidores á su palabra y así como un río rompe sus diques y todo lo arrastra en su carrera desenfundada, así él con su espada sembraba por do quiera la muerte.

Los guerreros se habían convertido en tímidas liebres. Jurand les parecía un diablo vivo.

Sigfrid y Rotgher habían conseguido subir á la galería superior de la sala y excitaban á los demás á seguirlos.

Cuando estuvieron en salvo, lanzaron contra Jurand pe-

sados bancos, barras de hierro y antorchas encendidas que le hirieron en la frente.

En aquel instante se abrió la gran puerta de la sala y numerosos soldados con hachas, picas, alabardas, cuchillos y cuerdas se precipitaron en la sala. Jurand enjugándose la sangre con el saco se lanzó contra los recién llegados y de nuevo los alaridos y los gemidos y el fragor de la pelea se unió al estertor de los moribundos.

## II

Al rededor de la mesa del salón del castillo, estaban sentados De-Love, que después de la muerte de De-Danfelf, gobernaba á la ciudad, Rotgher, el caballero de De-Begrov y dos jovencitos que iban á ingresar en la orden. Soplabá impetuosamente el viento y entrando por el cañón de la chimenea levantaba la ceniza y hacía oscilar la llama de las antorchas. Nadie hablaba, porque todos esperaban que lo hiciera Sigfrido.

Rotgher arriesgó una pregunta:

—¿Qué decidimos?

—Sigfrido, murmuró para sí:

—¿Qué dirá de esta matanza el Maestre? ¿No quedará deshonrada la Orden. Tras una pausa añadió:

—Percibo olor á sangre.

—Ayer se lavó el pavimento con agua y se quemó azufre, y este es el olor que se nota.

Sigfrido miró con fijeza á sus compañeros, y dijo:

—Señor, perdona á mis hermanos de De-Danfelfs y Gottfrid.

Comprendieron que invocaba la piedad divina para los condenados y dijeron en coro:

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

Silbó el viento.

—¿Dónde están los cuerpos del comtur y de Gottfrid?

—En la capilla; los sacerdotes celebran la misa de difuntos.

—¿Les han depositado en el ataúd?

—Sí. La destrozada cabeza del comtur está cubierta con un paño.

—¿Y los demás muertos y heridos?

—Los muertos enterrados y los heridos están en el hospital.

—¡Y un hombre ha hecho todo esto! ¿Qué será de la Orden cuando tendremos que combatir contra este pueblo feroz?

Rotgher dijo.

—He oído al comtur de Sambia, que decía al Maestre: «Si no exterminamos á este pueblo, mucho padecerán la orden y los países devotos».

—¡Dios lo quiera!

Sigfrido miró al que había dicho esto. Era joven y poco vigoroso. Recordó el viejo que habían caído en la lucha guerreros más fuertes que él y pensando en Jurand, preguntó:

—¿Vive aún?

—Sí: está aún envuelto en las redes con que le aprisionamos; los soldados querían matarle á palos, pero el capellán no lo ha permitido.

—Y ha hecho bien,—dijo Sigfrido,—por qué no quisiera que muriese en el castillo. Vos De-Begrov iréis á Marlbolg y veréis al Maestre; le diréis que De-Danfelf se apoderó de una doncella creyendo que era hija de Jurand, y advirtió á éste; Jurand vino á Tscitna y ya sabéis lo demás...

—Obedeceré vuestra orden; pero desearía saber si está aquí la hija de Jurand.

Sigfrido De-Love permaneció pensativo. Odiaba á los polacos, era cruel por naturaleza y amaba los combates; atrevido y altivo, no vacilava en cometer un crimen; pero su misma soberbia le hacía aborrecer toda intriga. Lamentaba, además, las frecuentes violencias cometidas por los Cruzados que continuamente les obligaban á dar mentidas disculpas.

Le veía obligado á contrariar sus propios sentimientos ó á revelar un secreto.

Después de pensarlo mucho, exclamó:

—De-Danfald, será juzgado por Dios; si os preguntan por sus obras diréis lo que vuestros ojos han visto; nueve cadáveres, muchos heridos, sangre y destrozos.....

—¡Basta! ¡Basta!—exclamaron todos.

—Añadiréis que los Cruzados no se atrevieron á castigar á Jurand antes que éste les agrediese.

—Diré lo que he visto,—replicó De-Begrov.

—Nos veremos en la capilla á media noche y allí rezaremos por los muertos,—dijo Sigfrido, extendiendo la mano para despedirse y consultar con Rotgher.

Cuando aquéllos hubieron salido, el nuevo podestá habló á Rotgher así:

Oyeme; sólo hay un medio de salvación, y es que nadie sepa que la hija de Jurand ha estado encerrada en la torre.

—No me parece difícil,—observó Rogher porque exceptuando De-Danfald la monja y nosotros, nadie sabe como ha ocurrido el rapto, pues De-Danfald ha hecho matar á los soldados que lo efectuaron.

—Bien,—exclamó Sigfrido.

—Yo por mi parte, pensaba que habiendo muerto De-Danfald podría achacarsele toda la culpa de lo ocurrido.

—No, no puede ser eso, no podemos excusarnos así, pues todos saben que estuvimos juntos en la corte del

príncipe y que si algún crimen cometió él, nosotros debíamos saberlo.

—Es verdad,—dijo filosóficamente Rotgher.

—Ante todo, lo principal, es que no soltemos á la hija de Jurand. pues si no ella nos delataría.

—Tenéis mucha razón.

—Dios me es testigo de que no hablo sino en favor de la orden; porque si se descubriera nuestra conducta, la Orden misma sería la que tocara las consecuencias.

—¿Y si desaparece la joven, no se nos acusará igualmente?—preguntó Rotgher.

—No, De-Danfald era muy previsor, y no solo hizo decir á Jurand que iba á Tscitna, sino, que le hizo escribir al príncipe diciéndole que iba á rescatar á su hija de manos de los bandidos.

—Eso es, pero, ¿como explicaremos lo que ocurrió antes?

—No lo sé, pero de todos modos, nos arreglaremos para que nadie nos pueda acusar.

Después de mirar á su altepedor, Rotgher preguntó:

—¿Qué hacemos de Danusia?

—¡Bah!

—Dádmela á mí.

—No; escuchame joven; todo puede hacerse para mayor gloria de la Orden pero no hay que ser indulgente para las pasiones, porque Dios castiga severamente á quien no se domina.

—Me juzgáis mal.

—Dejáos de vicios,—contestó Sigfrido,—porque esos acarrearán la destrucción de la Orden.

El anciano inclinando la cabeza, quedó un momento pensativo.

—También yo vertí sangre, causé desdichas é hice derramar lágrimas á los inocentes, pero siempre por el bien de la Orden, y cuando me llame Dios seré perdonado y premiado por él.

Diciendo estas palabras descubrió su túnica y enseñó un cilicio que rodeaba su cintura.

—¡Oh! joven renunciad á la disolución, - dijo - porque ya veo cruzar por el aire el águila que ha de comerse el corazón de los templarios.

Sus palabras fueron interrumpidas por una ráfaga de aire huracanado que silbó á través de las ventanas.

— En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, — exclamó Sigfrido, — que noche más horrible!

— Parece que todos los diablos anden sueltos.

— Los sacerdotes ruegan junto al cuerpo de De-Danfeld?

— Sí.

— Ha muerto sin confesión. ¡Dios lé haya perdonado!

— ¡Amén!

Rothger, después de cerrar la ventana, preguntó á Sigfrido:

— ¿Os llevaréis, vos, á Danusia?

— Te interesa la muchacha, ¿eh? Sí, vendrá conmigo, y el gran Maestre decidirá.

— ¿Y yo, qué hago?

— Vê á la corte del príncipe Masovetz, y cuéntale lo que ha sucedido.

— Me expongo á morir.

— Aunque debieras perecer no hay que vacilar; sin embargo, nada te ocurrirá, porque Janush no maltrata á sus huéspedes. ¡Quizás alguien te desafie, pero eso no debe asustarte.

— ¿Y si me encarcelan?

— No puede ser; acuérdate que Jurand ha escrito la carta que te dije, y tus palabras serán creídas. Además, todos pensarán que, siendo culpables, nadie se hubiera atrevido á ir á la corte de Janush.

— Es verdad; apenas entierren á De-Danfeld, emprende ré el viaje.

— ¡Dios te proteja! Sí, todo saldrá á pedir de boca, y aún apareceremos como víctimas de la ferocidad polaca.

— ¿Y quién se quejará?

— Todos; porque ya sabes que no nos falta elocuencia.

— ¿Y si ese diablo de Jurand cura?

Sigfrido miró de un modo expresivo á su interlocutor y dijo, acentuando sus palabras:

— No dirá una palabra contra la Orden.

### III

La noticia de lo ocurrido en Tscina llegó á Varsovia antes que Rothger, y produjo inmensa sensación.

Tanto el príncipe como los señores de la corte, no comprendían nada de lo ocurrido, porque se recibió la carta de Jurand de Spichov, diciendo que su hija había sido robada por unos bandoleros, y no por los templarios.

Se creyó lo que decía aquella carta, porque aun cuando se sabía que los templarios eran capaces de cualquier fechoría, no suponían que se atrevieran á robar á la hija del terrible guerrero de Spichov.

El príncipe ordenó que salieran tropas para perseguir á los bandoleros, y exhortó á los príncipes vecinos á seguir su ejemplo.

A fuerza de pasar de boca en boca las noticias, se fueron desnaturalizando, y había individuos que contaban las más peregrinas invenciones relativas al rapto de Danusia y á la muerte de su padre.

Janush ansiaba saber lo que verdaderamente hubiese ocurrido en Tscina, y aunque odiara á los templarios, alegróse cuando le anunciaron la llegada de uno de ellos.

El príncipe recibió con duro rostro al caballero, y aunque recordara perfectamente que había sido uno de los huéspedes de caza, le preguntó quién era y de dónde venía.

—Soy Rogher, y me inclino ante vos, como humilde soldado de Cristo.

—¿Por qué no lleváis el manto?

El caballero explicó que no lo llevaba para que no lo asesinaran los caballeros de Masovetz, quienes, al revés de los demás caballeros en otros países, no respetaban á la Orden de los templarios.

—Sí que respetan la cruz,—gritó Janush;—pero no la perfidia y la impostura, y si os acojo bien es porque aún no os conozco lo suficiente.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Sabéis lo que ha ocurrido en Tscina?

Rotgher contó con todos sus detalles lo que deseaba saber el príncipe, y la locura que se apoderó de Jurand, quien asesinó á De-Danfelf, á Godfrid, al inglés Ching y á muchos otros. Añadió que los templarios, observadores fieles de las leyes eternas, no habían querido matarle, sino que le envolvieron en una red, esperando que le juzgaran por sus crímenes.

Insistió en que Jurand se había herido á sí mismo, y que en la ciudad todos estaban contra él.

Aquella relación impresionó á los oyentes, quienes se preguntaban horrorizados si realmente Jurand había llamado en su auxilio á las huestes infernales.

La princesa, que amaba mucho á Danusia, preguntó á Rotgher:

—Caballero, decís que arrebatasteis una niña de manos de los bandoleros, y que creyendo que era hija de Jurand llamasteis á éste.

—Sí, ilustre señora.

—¿Cómo podíais pensar que fuera Danusia, si habíais visto á ésta muchas veces á mi lado?

Rotgher quedó perplejo, pues no esperaba tal pregunta. El príncipe se levantó mirándole fijamente. Seis ó siete caballeros se levantaron también repitiendo:

—Es verdad; ¿cómo pudisteis equivocaros?

Rotgher murmuró:

—Nosotros no miramos nunca á las mujeres; en el pabellón de caza sabíamos que había muchas señoras, pero no conocíamos á la hija de Jurand.

—De-Danfelf lo sabía, porque durante la caza habló con ella.

—De-Danfelf ha comparecido ya ante el Señor,—repuso Rotgher;—y puedo añadir esto: que al día siguiente de su muerte había sobre su féretro muchas rosas, aunque estamos en invierno.

—¿Cómo supisteis que los bandoleros habían robado una mujer?

—Por el rumor de las gentes.

—Es muy raro que os equivocaraís.

Rotgher replicó:

—De-Danfelf decía que el diablo es engañador y capaz de cambiar los rostros.

—¿Y la carta del padre Kaleb con el sello de Jurand, quién la escribió?

—El espíritu malo.

Rotgher, queriendo aprovechar el estupor de los oyentes, dijo:

—Las preguntas que me hacéis son puñaladas que me llegan al alma, porque revelan que me creéis sospechoso; pero yo, que soy inocente, os pregunto: ¿Si no hubiese creído Jurand que los templarios eran los salvadores de su hija, por qué había de ir á Tscitna antes que le llamaráramos?

—Puede ser que digáis la verdad,—observó el príncipe;—por un momento sospeché de vos, pero ahora creo que los templarios han obrado como buenos caballeros.

La malicia y la doblez de los templarios vencía una vez



más á los polacos, los cuales estaban destinados á ser presa de la Orden, como la mosca lo es de la araña.

Rotgher, con voz más firme, dijo al príncipe:

—Ilustre señor, debéis recompensarnos por nuestras desventuras y por las lágrimas y la sangre que vuestro pueblo ha hecho derramar á los templarios. Jurand es vuestro súbdito, y así, en nombre del Señor, que otorga vida y bienes, os conjuro á que reparéis los males que hemos sufrido.

El príncipe le miró con estupor.

—¿Qué queréis?—preguntó.—Jurand, enloqueciendo, ha causado estragos; ¿quizás debo responder yo de su locura?

—Señor, es vuestro súbdito; en vuestro principado están sus tierras y el castillo en que guardaba prisioneros á los soldados de Cristo; si no todas sus posesiones, esa fortaleza infame, por lo menos, debiera pasar á manos de la Orden.

El príncipe no sabía qué pensar de tales exigencias; después de una breve pausa, dijo:

—Si vuestra Orden ocupa tierras próximas á Masovia, lo debe á la largueza de mis antepasados; muchos de los países y ciudades de mis abuelos son ahora vuestros. La hija de Jurand está viva; ¿queréis desposeerla de sus bienes?

—Señor, vos mismo reconocéis que hemos sufrido grandes pérdidas; indemnizadnos, pues, como creáis digno de vuestra generosidad.

Rotgher pensaba que así, no solamente conseguía borrar toda sospecha, sino también sacar provecho para la Orden.

Nicolás de Dlugoliass contestó:

—Tenéis fama de avaros y parece que la merecéis, pues, en tal asunto, antes os preocupáis del provecho que del honor de la Orden.

El templario se levantó, y alzando la cabeza con altivez, dijo:

—Aquí he venido, no como embajador, sino como testigo de horribles sucesos; como caballero de la Orden dispuesto á defender su honor á costa de mi sangre. Quien osare, ahora que se ha visto la carta de Jurand, á acusar á la Orden del rapto de la joven, encomiéndose á la justicia de Dios.

Diciendo esto, arrojó un guante al suelo.

Los caballeros permanecieron indecisos. Todos hubiesen querido de buena gana hundir su espada en el pecho del alemán, pero temían la justicia de Dios. No ignoraban que Jurand había esculpado á los templarios, y pensaban que en un desafío hubiera salido vencedor Rotgher, porque decía la verdad.

El templario añadió con orgullo:

—¿Nadie recoge mi guante?

Un caballero que desde el umbral de la puerta había oído las palabras de Rotgher, adelantóse exclamando:

—¡Yo lo recojo!

Y después, lanzando un guante al rostro del alemán, añadió:

—Ante Dios, ante el príncipe y ante todos los nobles caballeros de esta tierra, te digo, templario, que ladras como un perro contra la justicia y la verdad, y te reto á luchar á caballo ó á pie, con lanza ó con espada, con hacha ó con puñal, hasta derramar la última gota de sangre.

En la sala se hubiera oído el vuelo de una mosca. Todas las miradas se habían dirigido hacia Rotgher y el caballero que le retaba, el cual tenía bajada la visera del casco.

El templario quedó no menor sorprendido que los otros, y su intensa ira fulguró sobre su rostro como un relámpago en el cielo. Apretando el guante que había colgado de un garfio de su coraza, preguntó:

—¿Quién eres tú, que osas afrontar la justicia de Dios?

El caballero levantó la visera, exclamando:

—Zbishko de Bagdanetz, marido de la hija de Jurand. Los caballeros se asombraron, y Rotgher, lo mismo que los otros, porque exceptuando al príncipe y á la princesa, Viscionok y De-Lorsh, nadie sabía que Zbishko se hubiera casado con Danusia.

De-Lorsh, adelantándose, dijo:

—Por mi honor caballeresco, confirmo la verdad de estas palabras, á quien dude de ellas le arrojaré mi guante.

Rotgher no conocía el miedo, y de buena gana hubiese también aceptado aquel segundo reto, á no ser que De-Lorsh era un caballero poderosísimo y pariente del conde de Ghelderusk.

El príncipe, frunciendo la ceja, dijo á Rotgher:

—No podéis aceptar este duelo, porque yo declaro que el caballero Zbishko ha dicho la verdad.

El templario se inclinó, y mirando á su adversario, dijo:

—Si deseáis combatir á caballo ó á pié, sí...

—¡Os lo he dicho ya!—interrumpió Zbishko.

—¡Dios conceda la victoria al que tiene la razón!—prorumpieron todos los caballeros.

#### IV

Las damas y señoras de la corte temían por Zbishko, porque la carta de Jurand daba la razón al templario. Se sabía que Rotgher ocupaba un grado preeminente en la Orden, y su escudero Fan-Krist decía á sus colegas que su amo, antes de convertirse en monje armado, se sentaba en el sitio de honor entre los cruzados, distinción á la cual sólo podían aspirar los más célebres caballeros que

habían combatido en Tierra Santa, ó que habían luchado con dragones ó gigantes.

Añadía que Rotgher había vencido una vez á cinco caballeros armados hasta los dientes.

Temieron, pues, por la suerte de Zbishko todos los cortesanos, y cuantos conocían al joven. Algunos decían:

—Si fuera Jurand, podría pelear hasta contra dos hombres al tiempo; ningún alemán salió vivo de sus manos, pero Zbishko era tan joven...

Otros sentían no haber recogido el guante, pero decían:

—¡Temimos la justicia de Dios!

Muchos enumeraban la interminable lista de caballeros de Masovia, que en las justas y torneos habían vencido á sus enemigos.

—Zbishko es un gran guerrero,—decían algunos.

El día antes del duelo, mientras Fan-Krist hacía de nuevo el relato de la famosa victoria de Rotgher, Glava, cogiéndole por la barba, le decía: «Si no te da vergüenza mentir ante nosotros, mira á lo alto, porque también Dios te escucha.»

Fan-Krist, sabiendo que el techeque era noble de nacimiento, lo desafió á luchar con el hacha.

Los habitantes de Masovia admiraron la acción de Glava, y creyeron que la lucha sería interesante.

El príncipe llamó á Zbishko, y en presencia de la princesa le preguntó:

—¿Estás seguro de que Dios está de tu parte? ¿Cómo puedes saber que los templarios han robado á Danusia? ¿te ha dicho algo Jurand?

—No.

—¿Y sin embargo arriesgas la vida?

Zbishko callaba y sus ojos se preñaron de lágrimas.

—No sé nada, señor,—exclamó.—Yo partí con Jurand, á quien confesé que me había casado con Danusia; al principio se mostró inexorable, pero cuando lo persuadí de que todo había ocurrido por la voluntad de Dios, se tran-

quilizó. Primero decía que Danusia había sido robada por sus enemigos, pero cambió de parecer cuando llegó á Spichov aquella mujer que trajo el bálsamo.

—¿Llegó sola esa mujer?

—No, la acompañaba un peregrino; hablaron con Jurand y no sé lo que dirían, pero después del coloquio, mi suegro me dijo: «No son los templarios los raptos.» Dejó en libertad á De-Begrov y á los demás prisioneros, no sé por qué causa, y partió sin escolta ni escudero. Yo permanecí unos días en Spichov y allí supe que Jurand había matado á muchos alemanes y que estaba moribundo. Entonces partí de Spichov para vengarle. He entrado en la sala en el instante en que Rotgher hablaba de la ferocidad de Jurand, y he recogido el guante porque, aunque ignoro si los templarios son los raptos de mi mujer, sé de fijo que son unos perros, unos bandidos sin vergüenza ni honor. No sé dónde está Danusia, pero quiero batirme con el templario, y aunque me maten prefiero la muerte á seguir separado de mi mujer.

Zbishko, mesándose los cabellos, rompió en un llanto tan angustioso que la princesa Ana Danuta, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo con voz dulce:

—Ojalá Dios te auxilie, te consuele y te bendiga.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO  
BIBLIOTECA UNIVER  
"ALFONSO REY"  
1048. 1086 MONTERREY.

